

El viaje¹

Charles Baudelaire

Traducción, notas y comentario de Carlos Ciro

A Maxime du Camp

I

Para el niño, apasionado por los mapas y los grabados,
el universo es tan grande como su enorme apetito.
¡Ah, cuán grande es el mundo a la luz de las lámparas!
¡Ante los ojos del recuerdo, cuán pequeño resulta!

Una mañana partimos, llena de llamas la mente,
henchido de rencor el corazón y de deseos amargos
y nos vamos, siguiendo el vaivén de las olas,
balanceando nuestro infinito sobre la finitud del mar.

Unos, felices de huir de una patria infame,
otros, de sus cunas abominables, y unos pocos,
astrólogos ahogados en los femeninos ojos
de la tiránica Circe y sus temibles perfumes.

Para no ser convertidos en animales, se embriagan
de luz y de espacio y de cielos inflamados;
el hielo que los muerde, los soles que los broncean,
van borrando lentamente las huellas de los besos.

Mas los verdaderos viajeros son aquellos que parten
por partir; de corazones ligeros como globos,
que nunca se apartan de su destino fatal,
y que, sin saber por qué, repiten siempre: ¡Vamos!

¡Aquellos cuyos deseos tienen forma de nubes
y que sueñan, tal como un recluta con los cañones,
con grandes deleites, mutables, desconocidos,
cuyo nombre aún ignora el espíritu humano!

II

Imitamos, ¡qué horror!, al trompo y la pelota
en su danza y en sus saltos; e incluso en nuestros sueños
la Curiosidad nos atormenta y nos envuelve,
como un Ángel despiadado que a los soles fustiga.



Pablo Guzmán. *Díptico amarillo*. Acrílico sobre lienzo, 150 x 150 cm, 2018

¡Ah, singular destino cuya meta fluctúa,
y que, sin estar en parte alguna, puede estar en cualquiera
donde el hombre, cuya esperanza no flaquea,
en pos del reposo corre siempre como un loco!

Nuestra alma es una fragata en busca de su Icaria;
una voz resuena desde el puente: “¡Abre tus ojos!”
y una voz desde la cofa,² ardiente, enloquecida, grita:
“¡Amor... gloria... alegría!”. ¡Maldita sea! ¡Es un escollo!

Cada islote que desde su puesto el vigía señala
es un Eldorado que el destino ha prometido;
y la Imaginación que su orgía hubo encendido
sólo un arrecife encuentra bajo el claror matutino.

¡Oh, infeliz amante de las tierras quiméricas!
¿Habrá que encarcelar o arrojar al mar
al mastelero ebrio, inventor de Américas
cuyo espejismo torna más amargo el abismo?

Como un viejo mendigo que, resbalando entre el fango,
con la nariz en alto sueña con brillantes paraísos
y una Capua descubren sus ojos hechizados,
dondequiera el candil les muestre un cobertizo.

III

¡Sorprendentes viajeros! ¡Qué nobles historias
leemos en sus ojos profundos como océanos!
¡Muéstrannos los cofres de sus memorias,
esas maravillosas joyas de materias astrales y etéreas!

¡Pues queremos viajar sin vapor y sin velas!
Para disipar el tedio de nuestras prisiones, hagan
pasar a través de nuestras almas, como tensados lienzos,
sus recuerdos que enmarcan horizontes.

— ¿Qué han visto ustedes? ¡Cuéntenos!

IV

“ — Hemos visto los astros
y las olas; hemos visto también los vastos arenales;
y, pese a las imprevisibles sorpresas y desastres,
a menudo nos hemos aburrido, tal como aquí.

El resplandor del sol sobre el mar violáceo
el resplandor de las ciudades bajo el sol poniente,
encendían en nuestras almas un ansia inquieta
de sumergirnos en el reflejo seductor del cielo.

Las más fastuosas ciudades, los más grandes paisajes,
no tuvieron nunca el atractivo misterioso
de aquellos que el azar forma con las nubes.
¡Y aún así el deseo nos llenaba de inquietud!

—El disfrute añade aún más fuerza al deseo—.
¡Deseo, viejo árbol al que el placer sirve de abono,
mientras tu corteza más se endurece y se engrosa,
más de cerca quieren tus ramas contemplar el sol!

¿Crecerás tú por siempre, gran árbol, más vivaz
que el ciprés? —¡Y sin embargo hemos reunido, con curia,
algunos bocetos para tu álbum voraz, seguros
de que encontrarás bello todo cuanto viene de lejos!

Hemos saludado a ídolos con trompas;
y a troncos constelados de luminosas joyas;
y a palacios esculpidos cuya feérica pompa
sería el sueño ruinoso de sus banqueros;

Vestimentas que son una embriaguez para los ojos;
mujeres que llevan teñidas sus uñas y sus dientes;
y sabios juglares que la serpiente acaricia”.

V

— ¿Y qué más, qué más?

VI

— ¡Oh cerebros infantiles!

Para no olvidarnos de lo más importante,
hemos visto por doquier, y sin haberlo buscado,
desde la cima hasta la sima de la escala fatal,
el espectáculo tedioso del pecado inmortal:

a la mujer, vil esclava, presuntuosa y estúpida,
seriamente adorándose y amándose en silencio;
al hombre, voraz tirano, lascivo, duro y ansioso,
esclavo de la esclava y de la cloaca el arroyo;

el verdugo que se deleita, el mártir que solloza;
la sangre que da sazón y perfuma la fiesta;
el veneno del poder enervando al déspota,
y el pueblo enamorado del látigo que entontece;

y muchas religiones parecidas a la nuestra,
todas escalando el cielo, la Santidad
como algún doncel que entre plumas se alborozaba
buscando el éxtasis entre la crin y los claveles.

La humanidad locuaz, ebria de su genio,
y loca, tanto ahora como ha sido antes,
clamando a Dios, en su furiosa agonía:
“¡Oh tú, amo mío, mi semejante, yo te maldigo!”.

¡Y los menos tontos, audaces amantes de la Demencia,
huyendo del rebaño al que el Destino acorraba,
y refugiándose en el opio inmenso!
“ — Tal es, del orbe entero, el eterno informe”.

VII

¡Saber amargo aquel que se obtiene del viaje!
El mundo, monótono y pequeño, ayer,
hoy, mañana y siempre, nuestra imagen nos muestra:
¡un oasis de horror en un desierto de tedio!

¿Es necesario partir?, ¿quedarse? Si puedes hacerlo, quédate;
parte si es necesario. Uno corre y el otro se encierra
para engañar al enemigo vigilante y funesto,
¡El Tiempo! ¡Helo ahí!, pertenece a los corredores sin respiro,

como el Judío errante y como los apóstoles,
a quienes nada alcanza, ni el vagón ni el buque,
para huir del infame acosador; y hay otros
que saben darle muerte sin dejar sus cunas.

Cuando por fin ponga su pie sobre nuestras espaldas
podremos esperanzarnos y gritar: ¡Adelante!
tal como otras veces zarpábamos hacia la China,
con los ojos clavados a lo lejos y el cabello al viento,

nos embarcaremos hacia el mar de las Tinieblas
con el corazón feliz de un joven pasajero...
Escuchen esas voces encantadoras y fúnebres
que anuncian: “¡Vengan aquí!, ¡ustedes que quieren comer

el Loto perfumado! ¡Es aquí la vendimia
de los frutos milagrosos que sus corazones ansían;
vengan a emborracharse de la extraña dulzura
de esta siesta que nunca tendrá fin!”.

Por su voz familiar adivinamos al fantasma;
desde el fondo nuestros Píldes nos tienden sus brazos.
“¡Debes nadar hacia tu Electra para animar tu corazón!”.
Dice aquella cuyas rodillas besábamos en otro tiempo.

VIII

¡Oh Muerte, vieja capitana, ya es la hora! ¡Levemos el ancla!
¡Esta tierra nos causa tedio, oh Muerte! ¡Preparémonos!
¡Si el cielo y el mar son negros como la tinta,
nuestros corazones, que tú conoces, están radiantes!

¡Escancia tu veneno para que nos reconforte!
Queremos, mientras su fuego nos consume la mente,
sumergirnos en el abismo, Infierno o Cielo, ¿qué importa?
¡Al fondo de lo desconocido para encontrar algo *nuevo*!



Pablo Guzmán. *Sombra*. Acrílico sobre lienzo, 200 x 80 cm, 2020

Balaceando nuestro infinito sobre la finitud del mar

Eso que se ha dado en llamar la “historia del espíritu” tiene en Baudelaire, sin duda, una de sus marcas más intensas en la cronología del siglo XIX. Toda la obra de Baudelaire, desde sus poemas en verso y prosa, pasando por sus ensayos y la escritura íntima de sus cartas está impregnada –y en muchos casos funda– ese conjunto de símbolos que la modernidad tuvo como herramientas para intentar con todo ímpetu exorcizar el pensamiento occidental, remover los cimientos del edificio de la cultura judeo-cristiana, ya tambaleante por la revolución copernicana y las reformas protestantes. Baudelaire, junto con Rimbaud y Mallarmé figuran en la mencionada historia como los profetas de la modernidad poética que, aun en su cruzada anticlerical, resultan inimaginables sin ese cristianismo en ruinas al que están ligados, como señala Hugo Friedrich. El legado de los poetas malditos y, en particular, de Baudelaire, ha ponderado Yves Bonnefoy, es la “banalización del descreimiento”, la asunción consciente de su no-crear, sabiendo “mantener sus ojos sobre las cosas próximas, objetos de la vida cotidiana o aspectos del ser sensible, en la profundidad de los cuales la percepción de una trascendencia es un hecho de simple evidencia; sin embargo, la creencia en algo más que esta realidad que se da en lo inmediato se apaga en ellos” (Bonnefoy, 2017, p. 10).

“El viaje” sintetiza el camino labrado por *Las flores del mal*. Todos esos símbolos que se suceden en los poemas reunidos en el volumen reaparecen en un poema que es a la vez una declaración de principios, un arte poética y una crí-

tica a la modernidad industrial del progreso técnico. La dedicatoria al expedicionario Maxime du Camp resulta así irónica y contrasta la figura de los viajeros de su tipo, que huyen de sus frustraciones, y aquellos que “parten por partir”.

El tema central acaso sea la inutilidad del viaje como cura para el tedio, y el entrechocarse de la realidad y los productos de la imaginación son el contrapunto de las ideas de ruina y decaimiento del hombre con la mitología, la tradición literaria y la esperanza de salvación religiosa, haciendo de la poesía una operación crítica constante que pretende evitar la cristalización de las nuevas verdades dogmáticas que trae consigo el progreso técnico-científico y el estancamiento de la razón que pretende el poder.

El llamado final a la “capitana muerte” para que leve anclas y se abisme en lo desconocido no traduce el deseo cristiano de encontrar en el reino de los cielos la felicidad que no se encuentra en la tierra sino, por el contrario, un erguirse del poeta ante todo aquello que paraliza, contra todas esas fuerzas de la ilusión que nos impiden contemplar nuestra verdadera realidad, el rostro desnudo del ser del hombre: “un oasis de horror en un desierto de tedio”, sin máscaras, sin fantasías, que nos impiden ir “al fondo de lo desconocido para encontrar algo *nuevo*”, con una novedad que se subraya, no como destino, sino como tropiezo desesperado contra la frontera intraspasable de la vida humana. Aquella a la que solo queda la posibilidad de una ruptura constante, un permanecer en la encrucijada, en ese punto donde convergen todos los caminos dispares del origen adánico del ser humano al que apunta esa inmersión en el abismo, no como una demolición de todo lo que existe sino como una experiencia de retorno, de reconocimiento y regreso incesante a la morada del hombre y una reivindicación del movimiento, del viaje como escudo contra el monstruoso tedio, no para avasallarlo sino para regular su vaivén, “balanceando nuestro infinito sobre la finitud del mar”.



Pablo Guzmán. *Cuadro inclinado*, Acrílico sobre lienzo, 80 x 80 cm, 2018

Notas

- 1 *Le voyage*. Poema con el número CXXVI de *Las flores del mal*, escrito en 1857 y publicado por la *Revue française* luego de ser rechazado por la *Revue contemporaine*. El original francés en la edición de 1861 puede consultarse en línea: https://fr.wikisource.org/wiki/Les_Fleurs_du_mal/1861/Le_Voyage
- 2 En los navíos de vela, la cofa es una plataforma ubicada sobre los palos mayores que mira hacia proa y se usa para asegurar cables de maniobra y para apostar los vigías. En ocasiones es denominada también como gavia –nombre también dado a la vela del mastelero mayor– y como carchés o garcés en las galeras.

Bibliografía

- Baudelaire, Ch. (1975). *Oeuvres complètes* [Obras completas] (Tomo I). Gallimard.
- Bonnefoy, Y. (2017). *El siglo de Baudelaire* (Traducción de Carlos Riccardo). Fondo de Cultura Económica.
- Friedrich, H. (1959). *Estructura de la lírica moderna. De Baudelaire hasta nuestros días* (Traducción de Juan Pettit). Seix Barral.

Carlos Ciro es poeta y traductor literario. Es autor de los libros de poemas *Piedras*, *Episodios*, *Des-hojas* y *Tránsitos*.